

Toni Montesinos

Palabrería de lujo

De la Ilustración
hasta Houellebecq

ediciones del
subsuelo

Barcelona 2021

© Toni Montesinos, 2021

© **Ediciones del Subsuelo, S.L.U.**, 2021

c/ Nàpols, 282 5º 4ª - 08025 Barcelona

www.edicionesdelsubsuelo.com

ISBN: 978-84-122754-0-7

Depósito legal: B 438-2021

Diseño de la cubierta: Elsa Suárez Girard

Impresión y encuadernación: Romanyà Valls

Plaça Verdaguer, 1 – 08786 Capellades

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida por ningún medio sin el permiso por escrito del editor.

Índice

Prefacio-excusa para hablar de Montaigne y de la lectura	15
De la Ilustración hasta Houellebecq	
Ciudadanos del mundo en nuestro siglo ilustrado	29
Pero ¿qué es la Ilustración?	31
Modales dieciochescos entre políticos y frívolos	34
Voltaire, cárcel y exilio	38
<i>Cándido</i> como manifiesto del tiempo actual	41
La vida mundana e intelectual de Diderot	43
La concepción de la <i>Enciclopedia</i>	47
El discurso preliminar de un abandonado	50
La filosofía de las matemáticas	54
La influencia de Leibniz	56
Abstracciones luminosas	59
El Siglo de las Luces en Prusia	62
Choque con la Iglesia y demás polémicas	65
Benevolentes entre fanáticos	69
La sufriente melancolía del amor	71
El fin de los héroes enciclopedistas	75
Conmemorar a Rousseau	78
El padre de la narrativa moderna francesa	81
De la razón y las luces a la guillotina	84
El terror de ser francés... y francesa	86
Científicos supervivientes de la Revolución	90
La época de un monumental asesino	92
Las pasiones de Madame de Staël	97
Benjamin Constant y el dolor de amar	99

François de Chateaubriand: la desdicha de nacer	102
Instinto suicida con Stendhal	105
De la admiración al odio a Napoleón	109
Literatura y sociedad	114
Honoré de Balzac y la novela folletinesca	116
Leer y escribir como necesidad vital	119
Un sinvergüenza redimido	124
El afrancesado Giacomo Casanova	127
El Marqués de Sade, lujuria y perversión	130
La «fatalidad» de <i>Nuestra Señora de París</i>	134
Victor Hugo mirando a la luna	137
Los hermanos Goncourt: la valentía de ir a contracorriente	140
Dentro del París sitiado	143
Gustave Flaubert: el perfeccionista en privado	146
Origen y estilo de <i>Madame Bovary</i>	149
El fantasioso y desfasado Gautier	154
Charles Baudelaire y su odio a Bélgica	158
Bohemios y decadentes	162
El precedente de François Villon y el <i>flâneur</i>	166
Las mercancías de Alexandre Dumas	169
La historia novelada	173
Mosqueteros en España	176
Amor entre camelias	178
Jules Verne: el sueño de lo imposible	181
El presente del futuro	184
De lo submarino a lo lunar	187
El atlas más novelesco	190
Reescrituras póstumas	192
Un vidente científico amante de Poe	195
El autor politizado	199
Zola, el historiador de la vida social	202
El naturalismo cuestionado	206

Una amistad supuestamente truncada	208
Salones y cafés con pintores	211
La mirada femenina de Maupassant	216
Léon Bloy contra la burguesía	219
El verdugo de la literatura contemporánea	222
Palabras de amor de Edmond Rostand	225
Rimbaud, un poeta sólo en las cartas	228
Con Verlaine en Londres y libre en África	231
El faro gay André Gide	235
El primer monólogo interior y otras modernidades	239
Gaston Leroux y su cuarto cerrado	243
El viaje eterno de Marcel Proust	246
La magdalena del más friolero	249
El vínculo napoleónico de Freud	254
En el diván proustiano	257
Sensual, atrevida, decadente Colette	260
La memoria iluminada	263
El <i>ménage à trois</i> de Henri-Pierre Roché	267
La guerra de la juventud muerta	270
Elogio a la soldadesca gala	274
Espanoles en la Francia apocalíptica	277
Una Eurídice buscando a su Orfeo	279
La gloria de la tumba	283
El camelo del heroísmo	285
Céline y el antisemitismo popular	290
Un ser desesperado	293
Gallimard, ¿editor colaboracionista?	296
Una pléyade de exilios	300
El París de Patrick Modiano	302
Desasosiego urbano y sartriano	305
Pederastia consentida	308
Izquierdismo totalitarista	311

La cuarentena literaria de Albert Camus	314
André Malraux y su <i>condición</i> comunista	318
Pasiones egipcias	320
El arqueólogo libertador	323
De los románticos al Mayo del 68	327
La revolución como acto emocional	330
Autores de culto: Gracq y Perec	333
El lector libre de Roland Barthes	336
Escribir sin escribir: Maurice Blanchot	340
Nueva literatura, nuevo cine	343
Las travesuras de Boris Vian	350
Michel Houellebecq, pesimista del siglo XXI	353
Groserías, narcisismos y cocaína	356
Folletines explosivos para el teléfono	359
Una Francia musulmana para el futuro	362
Otro <i>enfant terrible</i> en tiempos integristas	365
Poética negación de la vida	369
Biografías allende los mares	372
Le Clézio y otros espíritus extranjeros	375
Bibliografía	381
Índice onomástico	397

De la Ilustración hasta Houellebecq

CIUDADANOS DEL MUNDO EN NUESTRO SIGLO ILUSTRADO

Somos herederos directos de la Ilustración, de aquel movimiento no revolucionario, sino reformista, que nos visita hoy cada día. Estudios históricos y traslaciones literarias de asuntos biográficos reales acaecidos en su momento se suceden sin parar dentro de una bibliografía siempre atenta a explotar el llamado Siglo de las Luces. Una novela que ya tiene más de veinte años, la que escribiera en catalán Antoni Marí, *El camino de Vincennes* —sobre la visita de Jean-Jacques Rousseau a Denis Diderot, que había sido acusado de materialista por su «Carta sobre los ciegos», contraria al dictado eclesiástico, e iba a permanecer en la cárcel tres meses y medio— ya nos ofrecía una cita del propio Diderot a modo de epígrafe que jugaba con el efecto luminoso en la vida cotidiana e intelectual: «Las luces disiparán las manchas de oscuridad que aún cubren la superficie de la Tierra».

Una afirmación que podría valer como lema, aspiración, anhelo de los ilustrados franceses de aquel tiempo lleno de cuestionamientos que, al fin y a la postre, devino uno de los periodos más ricos de estudio y reflexión: el inicio de nuestra modernidad.

A dar respuesta a todo ello se dedicó justamente Anthony Pagden en un libro de título inequívoco: *La Ilustración. Y por qué sigue siendo importante para nosotros*, en el que aparece el Diderot en cuyas biografías sale tanto en los ambientes disolutos de París —amante, amigos y prisión— como en su vertiente más erudita, el Rousseau del que en el 2012 se celebró en Ginebra por todo lo alto el aniversario de los trescientos años de su nacimiento; esta pareja fundamental y otros enciclopedistas, como el matemático

Jean d'Alembert, el científico Louis de Jaucourt o el autor más prolífico de la literatura francesa, Voltaire, sufrirían lo indecible para llevar a término su objetivo: veintisiete tomos con setenta y dos mil artículos firmados por los mayores expertos en infinidad de temas en París e innumerables publicaciones en el resto de Europa. El legado material e intelectual está ahí, y su importancia es indudable, pero Pagden va más allá.

Este hispanista británico, explorando lo que entendemos por «proyecto ilustrado», sostiene que la clave estriba en atribuir el conocimiento al sentimiento, es decir, a la empatía, configurando una ciencia humana que sustituyera a la teología y complementase a las ciencias naturales: «Fue la concepción de una “humanidad” culturalmente diversa pero racialmente homogénea la que hizo posible la evolución del ideal “cosmopolita” moderno». Un factor, dice el autor, que es esencial para entender el mundo globalizado que hoy habitamos. Así, una de las cosas que Pagden se propone explicar, muy convincentemente, es cómo en aquel tiempo el concepto de nacionalidad se difuminó parcialmente para dar paso a la idea de ser «ciudadanos del mundo», hasta el punto de que «si incluso los estados más poderosos se sienten a veces obligados a respetar las normas del derecho internacional, eso se lo debemos a la Ilustración».

Como contrapartida a ello, también se ha dicho que el mensaje ilustrado provocó un eurocentrismo que derivaría en imperalismo y racismo; que la Ilustración colocó la razón por encima de toda creencia religiosa de forma drástica, por más que destacados ilustrados, como el italiano Giambattista Vico y el español Benito Jerónimo Feijóo, fueran creyentes o incluso frailes. Con todo, Pagden demuestra que reducir algo tan complejo como la Ilustración al imperio racionalista es un «simplismo absurdo», dado que, al decir de David Hume, la razón es igualmente esclava de las pasiones. Sea como fuere, las críticas que han ido proliferando contra

el supuesto dogmatismo ilustrado no son suficientemente consistentes para el investigador, que se anima a afirmar que «la mayor parte de lo conseguido desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta hoy se debe a su herencia» en tanto en cuanto nos regimos en el mundo civilizado por los ideales de los derechos humanos y la justicia.

PERO ¿QUÉ ES LA ILUSTRACIÓN?

Pagden insiste en estas premisas al final de su libro, dedicado a «los enemigos de la Ilustración», y a lo largo de las páginas precedentes ha ido ahondando en conceptos sumamente interesantes. Empieza por intentar definir qué es la Ilustración a partir del pensamiento y de la escritura de autores como el marqués de Condorcet, «uno de los padres de la ciencia política moderna», gran matemático, defensor de la igualdad de derechos de la mujer y de las razas y abolicionista que acabó muriendo entre rejas sin que pudiera juzgarlo el Tribunal de la Revolución. De hecho, el proyecto ilustrado está fuertemente ligado a las actividades políticas de sus protagonistas (muchos defendían que la Constitución tendría que servir para la humanidad entera y no sólo para la Francia republicana). Condorcet, en una de sus obras, habló de diez edades dentro de la evolución social de los seres humanos: la última era la del «Siglo de las Luces», la del futuro optimista.

Esta idea de carácter cosmopolita se hará consciente de sí misma, en ella se reconocerán los ilustrados en el «Siglo de la Filosofía», por más que la Ilustración no pueda verse, según Pagden, como «un movimiento único y coherente» al ser algo más que «una revolución de las costumbres o un proyecto de reforma política o legislativa moderada» y «una cultura de salón». Fue, ante todo, arguye el autor, una corriente crítica que, atacando el pasado, quiso

preparar mejor a los hombres de cara al mañana. Por tanto, constituiría el inicio de nuestra manera contemporánea de analizar, cuestionar y evaluar lo que hoy nos rodea, de modo que ¿tendríamos que considerarnos hoy cada uno de nosotros ilustrados?

En tal caso, de la misma manera que todos los occidentales somos *griegos*, hijos de su civilización antigua, en nuestra modernidad también debemos vernos como *parisinos*. Somos como esos «extranjeros francófilos en el Siglo de las Luces», como reza el subtítulo de un extenso trabajo de Marc Fumaroli, *Cuando Europa hablaba francés*, mediante el cual nos adentramos en la Ciudad de la Luz —en el sentido prosaico: por haber sido París una de las primeras en Europa en dotar a sus calles de alumbrado público, por orden de Luis XVI—, en la capital de las Luces —en el sentido poético: por hacer que la cultura y la evolución científica iluminaran la razón— en un siglo XVIII de progreso, de individualismo, de optimismo, que marcará el destino de la historia y del pensamiento europeos. En él se concentra el catedrático de la Sorbona y del Collège de France, justamente en esos cien años que van desde los tratados de paz de Francia con Inglaterra y Holanda hasta el derumbe del Imperio napoleónico, en 1814, pero con una perspectiva muy particular: la de glosar el paso por París de aquellos extranjeros que fueron relevantes por sus relaciones personales.

Es el París de la alta sociedad y de los salones, de los filósofos y de los moralistas provocadores que se convierten en toda una atracción, en una ciudad en que «la diplomacia lo impregna todo, porque ese siglo buscó apasionadamente una paz civilizada que sabía frágil», apunta Fumaroli; una paz ligada a las bellas artes, a la República de las Letras y a todo aquello que resulta destacable en ambientes como la corte, la moda, el teatro o la arquitectura. «Un apetito irresistible de vida civil, de relajación y de felicidad se apodera de París. El impulso adquirido entonces irá pasando de generación en generación hasta 1789», remarca el historiador en una

breve introducción orientada a presentar los parabienes de una sociedad en la que la universalidad del idioma francés fue preponderante —como lengua de cultura, conversación y epistolar fuera de sus fronteras—, y el poder de la prensa y el glamour aristocrático, vinculado estrechamente con escritores, artistas o músicos, se asomaban con inusitada fuerza. El París, en definitiva, de la Ilustración.

Al arribo a esta ciudad de encantos irresistibles responde la obra citada con las pequeñas historias de personas foráneas que contactaron con personalidades locales de gran calado. Así, el primer capítulo presenta al abate veneciano Antonio Conti, «filósofo, matemático, poeta, ensayista, un sabio universal que se cartea con Newton y con Leibniz», y al conde de Caylus, joven militar, hombre de mundo y «arquetipo de las Luces francesas» que quedó en el olvido por culpa del odio y marginación que le profesó Diderot. La relación del abate y este joven de buena cuna nacerá y se afirmará gracias al espíritu que empapaba la época: el cosmopolitismo, el enciclopedismo y la sociabilidad, apunta Fumaroli. Una sociabilidad que tiene tanto de intelectual como de amorosa —cómo no evocar a Madame de Staël con sus amantes escritores y políticos—, y que en este caso conectaba a Conti con la madre de Caylus, sobre la que escribió unas cartas que demuestran su hondo afecto y admiración por ella.

Esta era la intención de Fumaroli: colocar delante las piezas de una amistad o convivencia para que, a modo de colofón, los documentos escritos sobre los protagonistas vivificaran los pasajes biográficos e iluminasen la época, el lugar, los acontecimientos. Y de alguna manera transmitió un mensaje similar, pero de ámbito familiar y privado, cuando años antes ofreció su edición, por primera vez en castellano, de una selección de las *Cartas a su hijo*, de Lord Chesterfield.

MODALES DIECIOCHESCOS ENTRE POLÍTICOS Y FRÍVOLOS

«Mi querido amigo.» Así se dirigió, en cuatrocientas treinta cartas, un padre a su hijo entre 1737 y 1768: el lord inglés Philip Dormer Stanhope, conde de Chesterfield, a su hijo Philip, nacido bastardo, pues su madre era una mujer de clase social inferior con la que no fue posible el matrimonio. No en vano, las conductas sociales, las apariencias, el linaje, eran asuntos absolutamente capitales en el ambiente noble y aristocrático de la época. Y en tal sentido, estas cartas publicadas póstumamente en 1774 son un ejemplo inmejorable de ello.

De tal manera que «este prodigioso pigmalionismo por correspondencia», por decirlo con las palabras de Fumaroli, no sólo constituía una serie de mensajes de índole privada, sino precisamente todo lo contrario: cada texto, aunque concebido sin pretensiones literarias ni pensado para ser divulgado, ofrecía una lección magistral sobre los aspectos más mundanos que podían interesar o afectar a un joven como Philip. No había en las cartas ternura paterna, ni se tocaban asuntos menores o anecdóticos, sino que de forma regular, elegante, exquisita, Lord Chesterfield expresó sus deseos, mostró su cariño a través del consejo, de la recomendación hasta alcanzar un tono casi impersonal, próximo al ensayístico de Montaigne.

«La pasión por educar a su hijo hace aflorar de la pluma de Lord Chesterfield una suma de saberes y de sabiduría civilizada acumulados desde el Renacimiento, y cuyos elementos edifican por medio de capas sucesivas la Forma ideal del perfecto *gentleman*», dice Fumaroli, pues en efecto Chesterfield era deudor de la tradición literaria y cultural europeas. Fue un inglés de maneras francesas para quien París era algo así como la capital del mundo, un hombre que entendía que las relaciones sociales son tan importantes como el hecho de ser sensible al arte o dominar varios idiomas.

Sus cartas son las de aquel cuya reflexión y observación de la vida cree merecedoras de transmitirse para que sean útiles a otro ser humano, aunque sin dogmatizar; de hecho, su perspectiva es moderna: siempre armoniza la libertad con la obligación.

«Debes aspirar en todo a la perfección, por más que muchas veces sea inalcanzable». «Disfruta de los placeres, con tal de que los sientas como propios.» «Reparte tu tiempo entre ocupaciones provechosas y placeres refinados.» «El buen sentido debe distinguir entre lo imposible y aquello que es sólo difícil: el temple y la perseverancia harán el resto»... Lord Chesterfield conseguía que cada una de sus líneas fuera una llamada a la prudencia, a la discreción, al aprendizaje. No habrá existido un mejor manual para moverse en aquella sociedad dieciochesca. No lo habrá, incluso, para nuestros tiempos.

Fumaroli estudia a este tipo de caballeros afrancesados ilustres en *Cuando Europa hablaba francés*, como Anthony Hamilton, escritor inglés apreciado por el crítico literario Sainte-Beuve, y el conde de Gramont, que representarán una pareja unida por la vida convertida en escritura, de tal modo que la obra maestra del primero son las *Memorias del conde de Gramont*, publicadas seis años después de la muerte de este gentilhombre curtido en mil batallas; todo un éxito hasta la Revolución, refiere Fumaroli, que aporta un escrito de Hamilton en torno a la voluptuosidad. Exquisitez ensayística, finura en el trato, solemnidad de cara a la grandeza del prójimo surgían como temáticas y detalles en los pasajes dedicados a estos y a otros personajes, como el inglés Henry Saint John, vizconde de Bolingbroke, un libertino de mensaje político ambiguo, o el príncipe Eugenio de Saboya.

Lelio y Marivaux, Hermann-Mauricio de Sajonia, mariscal de Francia, Federica Sofía Guillermina y Francesco Algarotti (hermana y *latin lover*, además de diplomático, cercano al rey Federico II de Prusia, respectivamente), Charlotte-Sophie d'Aldenburg, con-

desa de Bentinck y dama famosa en toda Europa que nunca estuvo en París, «pero no por ello fue menos francesa», el escritor y político británico Horace Walpole y Madame du Deffand, que a tantos enciclopedistas acogió en su célebre salón, Catalina II de Rusia y Federico II con Voltaire como corresponsal... Se sucedían las personalidades de máximo rango histórico, configurando una Europa que, ciertamente, se comunicaba en francés —cuán crítico se muestra Fumaroli en la introducción por cómo su país se ha mostrado pasivo ante la oleada imparable y global del inglés— y en la que predominaban las alianzas matrimoniales entre dinastías reinantes y desempeñaba un gran papel seducir a las cabezas pensantes francesas para divulgar ideas desde otras cancillerías.

De este tipo de estrategias sociopolíticas y de alta alcurnia sabría mucho otro de los invitados al libro, el Lord Chesterfield que es llamado aquí un «gran señor whig francófilo» y amigo de Voltaire y Montesquieu. Y lo mismo Benjamin Franklin, cuyas amistades contraídas en Francia lo llevarían a representar frente al Gobierno galo al nuevo Estado federal que estaba en proceso de composición. Pero, claro está, las luces presuponen algunas sombras, o quedarse cegado ante la rotundidad de los cambios; de ahí que Fumaroli también aluda al «estrabismo de la Ilustración» en las páginas dedicadas a Friedrich Melchior Grimm, poniendo el acento en el otro gran factor, aparte de la filosofía, en el Siglo de las Luces: la frivolidad.

Pero cómo no iba a suceder tal cosa en el ánimo dieciochesco, el paradigma a nuestros ojos de ambos extremos en un momento álgido de transición como aquel: lo frívolo y superficial en medio de unas clases altas llenas de apariencias, infidelidades e intereses personales, posturos hipócritas y bajas pasiones, junto con el esplendor del raciocinio y del arte de leer y escribir, de la sed de conocimientos que cabe reunir, organizar, replantearse para ofrecerlos al hombre nuevo que despunta, imparable. Del naciente hombre

enciclopédico de entonces que llega a nuestro mundo *wikipédico* de hoy en día. Y eso que «la Francia de mediados del siglo XVIII no era un buen lugar para librepensadores y personas de espíritu crítico», dice Philipp Blom al comienzo de su *Encyclopédie. El triunfo de la razón en tiempos irracionales*. «Sus redactores y editores más importantes eran ateos (un hecho que ni siquiera podían sugerir en sus escritos, so pena de pagar con sus vidas), reformadores sociales y económicos, y críticos de la monarquía absoluta.»

Esta Francia nos muestra el camino entre los dos polos aludidos: por una parte, los plebeyos que habían podido gozar de una educación y cuyas ideas contrarias al poder establecido podían de un momento a otro llevarlos a la Bastilla, y por la otra la vida ociosa y sensual del rey Luis XV, que delegaba de continuo en sus ministros para dedicarse a la caza y a seducir a mujeres jóvenes mientras su esposa se consolaba con su pietismo, según relata el historiador y novelista alemán: «Como para subrayar la frivolidad de su régimen, en el centro de la nación que los franceses consideraban la más civilizada del mundo, la estancia situada en medio del palacio de Versalles, la ocupaba un perezoso y aristocrático gato: la mascota favorita del rey. Y allí tomaba asiento, mirando hacia París con sus ojos de color ámbar, junto a un amo que era casi tan ignorante como él mismo de la cultura y las ciencias de la ciudad».

En el otro lado de esa indolencia cultural y ese analfabetismo, en la más alta esfera social se distinguían diversos intelectuales que el rey vigilaba mediante la policía secreta con una contundencia descomunal; tanto, que siguiendo a Blom, «la disidencia y la libertad de expresión eran anatemas para él, y a menudo castigadas con mayor dureza que el crimen violento». De modo que ser un escritor independiente era un riesgo e implicaba una valentía fuera de lo común. Y entre todos estos valientes destacó sobremanera François-Marie Arouet (París, 1694-1778), que muy pronto eligió el seudónimo —de extraña y ambigua procedencia— de Voltaire.